

EUROPA, HACIA LA IZQUIERDA

LA primera parte de la conferencia preliminar de Helsinki sobre la seguridad y la cooperación en Europa ha terminado. Por un mes de reuniones, un mes de descanso, del 15 de diciembre al 15 de enero: la tregua de la Navidad. La observación de esta primera fase no permite grandes comentarios. Puede decirse que parece asegurada ya la celebración de la conferencia en sí, hacia mediados de junio, con asistencia de los ministros de Asuntos Exteriores de los 34 países implicados; que estos ministros establecerán un cierto comité que redacte y concrete las propuestas aceptadas en principio y que finalmente habrá una sesión solemne de clausura «a un nivel apropiado». Para la Unión Soviética, ese nivel sería el de los Jefes de Estado o de Gobierno, mientras que los países de la línea occidental no querían salir del nivel de ministros de Asuntos Exteriores. La idea general de Occidente parece ser la de reducir el alcance de la conferencia y su significación. Siguen temiendo que el torrente del deshielo les arrastre más allá de lo que desean. Querrían desviarlo hacia los países comunistas. Por eso insisten en mantener los planes para lo que consideran una ruptura de fronteras de información, viajeros y cultura: es decir, que los viajeros de los países comunistas puedan salir de ellos sin formalidades policíacas, que los libros, los periódicos y las revistas editados en Europa Occidental puedan entrar en esos países sin restricción, y venderse sin censura previa en sus librerías y quioscos. No todos los países europeos occidentales están muy convencidos de la oportunidad de esta cláusula, puesto que mantienen también sus aduanas culturales. Probablemente este tema llegará a lo que se llama «una solución de compromiso», y quizá también el otro gran problema de la conferencia, el del establecimiento de una institución permanente paneuropea, de la que no gustan los occidentales. La URSS había propuesto un gran órgano común con cierto carácter ejecutivo, y acepta ya que se reduzca a un «cuerpo consultivo». El temor occidental en este aspecto es el de que este organismo pudiera superponerse de alguna manera a las ya laboriosas y difíciles gestiones para la constitución de organismos meramente occidentales, como el Parlamento europeo o los otros cuerpos políticos, militares y económicos de la zona. El reconocimiento occidental de que Europa no es sólo su zona, sino el amplio mundo comunista del continente, es profundamente doloroso. Si por una parte lo desea y lo necesita, por otra, lo teme. No se sale tan fácilmente de los mecanismos de reserva, seguridad, regionalismo y economía cerrada de tantos años de guerra fría; pero se sabe que sólo abriendo esos mecanismos de alguna manera se puede continuar adelante. No hay ciclos cerrados ya. Ni en política ni en economía.

LA cuestión ahora está en que la mayoría de los Gobiernos occidentales —y, sobre todo, el de Estados Unidos, que a pesar del carácter igualitario de la conferencia de Helsinki tiene la lógica gran influencia en su desarrollo— son de carácter conservador, y están dejando de serlo. Es decir, están cambiando sus países. Que algunos de ellos lo atribuyan a la conferencia de Helsinki —de manera más amplia, a los ya largos años de «apertura al Este»— no es desmesurado. Gobiernos o grupos políticos que durante muchos años han sostenido su poder, su base electoral, la administración y la economía de sus naciones, su control de la información, sus mecanismos de seguridad y, en fin, su política general en el anticomunismo básico y militante, diseñando el comunismo como un mal absoluto, no pueden fácil o impunemente borrarlos de sus programas internacionales y mantenerlos en sus programas nacionales. Pueden, si se quiere, porque la política está repleta de artificios y la absurdidad humana es tal en estos momentos que todas las contradicciones pueden ensayarse. Pero hay límites en que artificio y absurdo no se sostienen. Ciertamente, uno de los artificios puede ser el de considerar que la URSS no es la misma —y no lo es— que en los peores años de la posguerra, y merece el desbloqueo; pero, paralelamente, en los sistemas interiores de los países se va explicando que los partidos comunistas no son tampoco los mismos de antes.

PARACE un hecho que Europa Occidental se está inclinando hacia la izquierda. La importancia del triunfo electoral de Willy Brandt no se ha medido todavía, como no se han considerado suficientemente dos hechos posteriores: la inclinación hacia la izquierda en las últimas y complejas elecciones holandesas y la designación de un socialista para presidir el nuevo Gobierno belga de coalición. El acontecimiento más visible en esta línea sería un triunfo de la unión izquierdista en las elecciones de Francia. Cada semana se advierte un paso más en el progreso de esta coalición hacia las urnas. La última encuesta de opinión pública de «Le Figaro» —diario notablemente conservador— indica ya

un 45 por 100 de posibles votantes de la unión de la izquierda y un 38 por ciento a la actual coalición gubernamental, más un 15 por 100 a los reformistas (no está excluida la posibilidad de una unión coyuntural entre estos reformistas y las derechas gubernamentales). Las auscultaciones de opinión pública valen lo que valen, y nada más: sobre todo, a dos meses aproximadamente de la fecha electoral. Pero lo cierto es que la coalición aparece como posible vencedora en las elecciones. ¿Puede arrastrar esta situación a la izquierda italiana? El sector del partido socialista que ha preferido siempre la alianza con los comunistas y otras fuerzas de izquierdas a la coalición con la democracia cristiana va en aumento. Incluso en la misma democracia cristiana hay un ala de izquierdas que espera la ocasión para formar un grupo aparte, y vería la posibilidad de una unión de izquierdas con los socialistas y los comunistas. Lo más importante de esta situación es que no necesitaría de unas elecciones generales —Italla las ha celebrado hace poco, en septiembre— para cuajar: bastaría un cambio de alianzas para ello, y el Presidente de la República tendría que nombrar un presidente del Consejo de la nueva unión. Por muy moderadas que sean estas coaliciones, y por mucho empeño que los partidos comunistas tengan en mostrar su nueva moderación y su discreto abandono de los programas originales —como pasa ya con la socialdemocracia alemana de Willy Brandt—, parece indudable que todo el sentido actual de Europa cambiaría.

SI todo esto no pasa de ser una hipótesis (apoyada en la realidad de una tendencia muy marcada de la opinión pública europea occidental hacia la izquierda, y de un desgaste de las viejas formas conservadoras de la derecha), hay otra acción que se está produciendo ya: la aproximación de los partidos comunistas a los establecimientos e instituciones del Mercado Común, de la Europa Occidental. Los partidos comunistas europeos han dirigido muchos la lucha contra la institucionalización de la Europa Occidental y el Mercado Común, porque esta organización aparecía como un instrumento de la guerra fría. Han cambiado ya de postura. Han encontrado que son vías abiertas para una acción política. El partido comunista italiano, como siempre, ha precedido al francés: es mucho más ágil, más abierto, más realista, menos dogmático. El partido italiano tiene ya escaños en el Parlamento europeo de Estrasburgo. El partido comunista francés aguarda su triunfo (el de la unión de la izquierda) en las elecciones próximas para participar en él (al ganar mayoría en la Asamblea Nacional, podría ocupar más escaños proporcionales en el Parlamento europeo), pero si no las gana, acudirá también. Los otros partidos comunistas europeos van también a participar.

ES también una consecuencia del deshielo, de una manera inversa a la enunciada antes. Si los países comunistas, con la URSS a la cabeza, pretenden crear un organismo paneuropeo junto con los Gobiernos conservadores, los diputados comunistas no pueden tener ningún escrúpulo en sentarse en el Parlamento europeo.

¿CON qué intención? Los grupos políticos conservadores anuncian que los comunistas y otros izquierdistas pretenden entrar en el Parlamento europeo para destruirlo por dentro, o desde dentro. Ya saben ellos que no es así: lo que pretenden, como en las coaliciones nacionales, es entrar en el sistema para influir en él, y no para romperlo, porque comprenden que no hay otra vía. La declaración del partido italiano explica que sus propósitos son los de crear «un Parlamento europeo verdaderamente representativo, revestido con poderes efectivos de iniciativa y control, proporcionalmente elegido por sufragio universal directo», y con este Parlamento «abrirían la comunidad hacia relaciones nuevas con la comunidad económica de los países socialistas y otros sistemas económicos, haciendo, por consiguiente, de la comunidad económica europea un elemento en el proceso de sobrepasar los bloques actualmente opuestos, mejor que construir un bloque cerrado en sí mismo y autárquico». Los propósitos del partido comunista francés en el documento de coalición con los socialistas —el programa de gobierno común— es el de «construir la comunidad económica europea, sus instituciones y sus políticas comunes» para «liberarla del dominio de los grandes negocios, para democratizar sus instituciones, manteniendo las reclamaciones de los trabajadores y haciendo girar las consecuciones de la dirección de sus intereses».

¿CUAL puede ser la respuesta de la derecha, del conservadurismo europeo, a esto que es algo más que una amenaza, que es una posibilidad no muy lejana? Convergamos en que la fórmula Willy Brandt —la de una socialdemocracia moderada que respeta profundamente el gran



Parece un hecho que Europa Occidental se está inclinando hacia la izquierda, como se ve, entre otras cosas, por el progreso de la unión izquierdista francesa hacia las urnas. Sobre estas líneas, carteles electorales de diversas tendencias para las elecciones de Francia.

dinero y le pide únicamente que sea algo menos grande y que se dé cuenta, en cambio, de las ventajas que puede obtener de una situación de apertura y de la alternativa que supone consumirse a sí mismo en un mundo cerrado, el mundo de la inflación y, por consiguiente, de la amenaza de los conflictos obreros— no está al alcance de todos los países. Los británicos la tienen en el partido laborista, que es aún más prudente en su atavío socialista que el de Willy Brandt, pero el torpe partido del torpe mister Wilson ha preferido, por ahora, declarar la guerra por su cuenta al Mercado Común y al Parlamento europeo, por un simple reflejo de oposición. Francia carece de ese mecanismo; Italia, también. La Francia pompiduliana se ha radicalizado en una derecha cada vez más conservadora, y ello puede costarle caro. El tiempo que tiene para maniobrar es escaso. Puede abrir la vía a los reformistas de Servan-Schreiber y lanzar una derecha izquierdizada, que podría tener más alicientes para el electorado que una izquierda derechista, pero está encerrada en sus propios términos y sobre todo en un presidencialismo que no la deja respirar. Es el problema de una derecha conservadora que se ha formado en la soledad del poder, fácil y grata, y que se resiste a evolucionar, aunque en esta evolución esté su propia salvación.

PUEDE considerarse también que ese presidencialismo francés es todavía un gran cerrojo de seguridad. Supongamos —aunque esté lejos de ser probado— que la unión de la izquierda gana las elecciones: el Presidente Pompidou tratará de buscar un Gobierno de compromiso, designando un primer ministro muy moderado. Puede ocurrir que la nueva mayoría de la Asamblea rechace todos los que proponga el Presidente, y que éste se niegue sistemáticamente a nombrar primer ministro a Mitterrand. (Aun si le nombra, el Presidente conserva muchos poderes para contrarrestar en gran parte los cambios que quiera hacer el nuevo Gobierno.) Entonces, Pompidou puede disolver la Asamblea y convocar nuevas elecciones generales. Puede ocurrir entonces que el electorado, asustado ante el conflicto de poderes, varíe su votación y vote una nueva Asamblea más moderada. No parece probable: con tan poco intervalo, Francia volvería a votar la misma Asamblea, y Pompidou se volvería a encontrar con el mismo conflicto, pero agravado: la constitución no le permite disolver la Asamblea más que una sola vez, y no podría repetir la maniobra. En este momento, tendría tres salidas: o la indicada de equilibrar el poder gubernamental de la izquierda con el poder presidencial de la derecha que él representa, o acudir al artículo 16 de la Constitución, considerando la situación como de urgencia, y practicar el poder personal, o dimitir. En el segundo caso, podría encontrarse con una huelga general importante. En el último, las elecciones darían un Presidente de la República de la izquierda, que podría ser Mitterrand.

Si las elecciones de Alemania Federal han determinado en gran manera una configuración de Europa, las francesas tienen aún más poder en ese sentido, y sin duda, arrastrarían a Italia. Todo esto es posible en este momento, enormemente importante.

PERON DERROTA AL PERONISMO

«Fuese... y no hubo nada». Perón ha hecho en la Argentina la figura del personaje del soneto clásico. Probablemente, contra su voluntad, se ha resistido durante años al regreso, sin duda, con una peligrosa ambigüedad, ha sido forzado a ello y el resultado ha sido negativo. La misma ambigüedad de los últimos años de su exilio ha presidido su mes en la Argentina, donde se ha mostrado irresoluto, vacilante; y también su partida, después de haber renunciado a la candidatura presidencial que contra viento y marea le ofrecía su Frente Justicialista, hacia Paraguay, cuyo Ejército ha definido «como el más glorioso del continente»: asombro y pasmo en sus propias filas, donde se considera a Stroessner, Presidente del Paraguay, como protagonista de una dictadura cruel, y en las fuerzas armadas, que no conciben cómo un general argentino puede despreciar así su propio Ejército en favor de otro. Pero Perón, una ambigüedad más, tiene ahora pasaporte paraguayo, y hay quien cree que lo que pretende es cambiar su residencia de Madrid por la del Paraguay, donde esperaría que el apaciguamiento y el olvido de la Argentina le permitirían volver a pasar sus últimos años, retirado, en la Argentina. Pero antes de irse ha dicho que volverá en enero. Y ha dejado proclamado candidato presidencial a Héctor Campora, que tampoco puede serlo constitucionalmente. Retirada y nombramiento que han causado una sensación de catástrofe en el justicialismo.

Ahora, la división y la amargura se han apoderado de las filas peronistas. Las sesenta organizaciones —desde el conservadurismo a los jóvenes revolucionarios— que habían aceptado la unidad en torno a Perón, en el Frente Justicialista, comienzan a desintegrarse. «Salimos amargados y doloridos», dijeron, al marcharse del Congreso, las organizaciones gremiales. Les ha decepcionado Perón, les han decepcionado los políticos en torno a Perón.

El régimen de las fuerzas armadas ha tenido una actitud extremadamente inteligente al permitir el regreso de Perón y la agrupación de sus fuerzas. Era la única posibilidad de deshacer el mito —sus ministros han expresado claramente que su verdadero propósito era ese, que el contacto del peronismo con Perón rompiese las falsas ilusiones— y lo han conseguido. Les queda por cumplir su última etapa del regreso a la normalidad constitucional: las elecciones presidenciales del mes de marzo, la posibilidad de que sea elegido un candidato civil y que las fuerzas armadas regresen a su papel no político. Lanusse ha anunciado ya que tras las elecciones y la toma de posesión del nuevo Presidente, se retirará de la vida pública y, probablemente, también del Ejército.

Estas etapas por cumplir no son nada fáciles. Han prolongado demasiado las condiciones de excepción sin resolver los problemas de fondo del país —la inflación galopante, el deterioro económico, el paro obrero, el ahogo de las libertades políticas— en las que hay que reconocer la verdadera causa del auge del mito peronista: si las sucesivas capas políticas que han gobernado el país desde la caída y exilio de Perón hubiesen sabido sacar al país de sus dificultades, el mito no se hubiese producido. La situación, en cambio, se ha deteriorado hasta el punto de la aparición de guerrillas, de terrorismo y contraterrorismo, huelgas, prisiones, rigidez en la vida pública... La desintegración del peronismo va a hacer también perder sus canales de acción política a los que eran sus partidarios.

¿Es éste el final del peronismo? Todo parece indicarlo así. No ha resistido el contacto con la realidad política, como pasa con esas momias egipcias conservadas durante milenios, aparentemente intactas, pero que se desintegran en polvo al contacto con el aire fresco... ■ J. A.